

CAPITULO DECIMOQUINTO.

LA CIUDAD ETERNA.

I.

¡Allí está la señora del mundo! La hija mimada de Júpiter Capitolino! La ciudad de los Césares y los Pontífices!

Allí está con sus monumentos sublimes, recuerdos palpitanes de su grandeza y poderío!

La fé del cristianismo evocaba desde las *Catacumbas*, la hora solemne en que el signo de la redención humana viniese á tomar asiento sobre el cadalso de los mártires de la religión.

Sobre aquella colina donde se pronunciaban los vaticinios por los sacerdotes de los antiguos latinos, inspirados por el dios llamado *Vaticanus*, hoy se alza el palacio monumental del primado de la Iglesia católica, la Iglesia de San Pedro!

Las *colinas* están abandonadas, excepto las pendientes del Capitolio y el Quirinal.

El palatino, cuna de la Roma antigua, el Esquilino, el Aventino, el Viminal y el Celio, apenas sostienen casas de campo y jardines, donde el viajero no percibe, un solo vestigio de esa magnificencia, entre las ruinas y el polvo de los siglos!

II

La Roma moderna se extiende á los lados del Tíber, rodeada á la derecha por la muralla de Honorio, y á la izquierda por la de los Pontífices de los siglos décimoquinto y décimosexto.

Aquellos muros sirvieron de trincheras durante muchos días á los voluntarios de Garibaldi en 48.

El foco de la población se ha concentrado en la planicie llamada el Campo de Marcio, en los tiempos de la República.

Sobre aquella vieja sillería, se ostentó Manzini, el agitador de la Italia, con la bandera republicana.

Roma es la urna de los grandes recuerdos y la tumba de cuanto grande ha encerrado el universo.

Sobre los cimientos del templo de Júpiter, en el monte Ca-

pitolino, se levanta el nuevo Capitolio.

Los héroes llevaban allí sus laureles y depositaban sus trofeos.

En la continuación al Capitolio, frente al palatino, está la *Roca Tarpeya*.

El Capitolio moderno cuenta *mil setecientas* piezas cuya descripción ocuparía volúmenes.

Después de ese regio alcázar, sigue el palacio de San Marcos, que perteneció á la República de Venecia.

De Venecia se va al Quirinal, que está en el Monte Caballo, y pasando por el antiguo *Forum Trajani*, se ve la célebre columna erigida por el senado en honor del emperador.

La plaza de Monte Caballo es notable por los dos caballos de mármol que tienen dos hombres por las riendas; en los pedestales se lee "*obus Fidas*," "*obus Praxiteles*."

Estos caballos son los que dan ahora el nombre á la montaña donde estaban los baños de Constantino.

El arco de este emperador y el de Tito, están descubiertos, mientras que el de Septimio Severo está sepultado tres ó cuatro varas bajo el nivel de la Vía Sacra.

III.

El Vaticano, ese grandioso edificio, á cuyo costado se apoya la catedral de San Pedro, debe su primera piedra al papa Gimaco; sus sucesores, y principalmente Sixto V han emprendido obras que guarda el arte entre sus tesoros.

Cerca del Vaticano y contiguo á San Pedro, está el hospital del Espíritu Santo.

De aquí se pasa á San Onofre, donde está la tumba del Tasso.

La biblioteca pasa por una de las maravillas del mundo.

El papa Nicolás V fundó una biblioteca en Roma, compuesta de seis mil volúmenes.

La biblioteca fué dispersada en tiempo de Calixto III, y restaurada por Sixto IV, Clemente VII y León X.

Después el ejército de Carlos V la destruyó bajo las órdenes condestable de Borbón y de Filiberto, príncipe de Orange, que saquearon Roma en el pontificado de Sixto V.

Martín V la trasladó al Vaticano.

La biblioteca contiene un gran número de obras raras y antiguas.

Hay dos copias de Virgilio que tienen más de *mil años*; están escritas sobre pergaminos así como una copia de Terencio, hecha en el tiempo de Alejandro Severo y por su orden.

Allí se ven también las actas de los apóstoles en letras de oro.

Este libro tenía una cubierta de oro adornada de piedras preciosas, fué un regalo de la reina de Chipre al pontífice Alejandro VI; pero los soldados de Carlos V arrancaron esa cubierta menos valiosa que el manuscrito.

Hay una Biblia griega, muy antigua; los *Sonetos del Petrarca*; escritos con su propia mano

Las obras de Santo Tomás de Aquino, traducidas al griego por Demetrio Sidonio de Tesalónica, y una gran cantidad de manuscritos rabínicos.

IV.

El Vaticano posee en pinturas y cuadros al fresco, cuanto de maravilloso ha inventado el genio humano.

La sala de audiencia para los embajadores, está pintada por Perrin del Vague.

En esta misma sala se ven con sorpresa cuadros de la espantosa carnicería de San Barthelemy.

En el palacio de los emperadores romanos, dice un escritor, jamás se puso ningún cuadro de las proscripciones del triunvirato.

La capilla Sixtina está decorada con el "*Juicio final*" por Miguel Angel.

La capilla Paulina ofrece entre otras obras de este gran maestro la *Crucifixión de San Pedro* y la *Conversión de San Pablo*.

Los frisos y la bóveda, son del pincel de Zúchero.

La *batalla de Constantino por Julio Romano*.

La *historia de Atila* de Rafael y su *Transfiguración*, ¡que pasa por el primer cuadro del mundo!

V.

La Ciudad Eterna, asiento y pedestal donde descansa esa inmortal figura del pontífice, cuya grandeza han contemplado diez siglos á la luz esplendorosa del cristianismo, es todo un altar al Todopoderoso, donde se quema perpetuamente la mirra y el incienso, y donde arden perennes las lámparas de la adoración y el culto católico.

Cuatrocientos templos levantan al cielo el eco sonoro de sus campanas saludando al creador del universo.

Cuando el *poder temporal*, ese padrón de orgullo humano, se haya arrancado de la tierra de los pontífices como el símbolo profano delante de la augusta majestad del cristianismo, entonces no habrá una sombra en ese cuadro sublime, punto de intersección entre el hombre y el Hacedor, ¡primer celaje de la bienaventuranza en el cielo sombrío de la existencia.....

VI.

Pío IX, á su exaltación al pontificado, adoptó una política liberal desconocida hasta entonces en los fastos de esa larga historia, escrita y transmitida por sus antecesores.

La revolución se inició desde luego, y hubiera absorbido al gobierno pontificio, si éste no hubiera cambiado repentinamente de rumbo antes de estrellarse con la nave de San Pedro en esos escollos terribles del levantamiento de la Italia.

La revolución de 48, anunciada con el asesinato de Pellegrín Rossi en el Quirinal, hizo salir fugitivo á Pío IX, hasta volver bajo la bandera francesa, empapando sus plantas en ese torrente de sangre vertida en las barricadas del Papa rey.

El pontífice dejó el Quirinal y mudó su habitación al Vaticano, donde ha permanecido veintiún años, firme y sereno ante la tempestad revolucionaria que azota como un mar embravecido, los cimientos de ese solio levantado por Constantino.

VII.

Pío IX es la sombra de sus antecesores; todo el poder de diez y ocho siglos se ha perdido en el décimo nono.

Las Romanías han vuelto á la Italia, y el Primado de la Iglesia yace á la merced de esas naciones que tuvo en un día sumisas á sus plantas, y de esos reyes que descalzos esperaban su absolución en las antesalas de su palacio.

Napoleón I fué el asesino de Pío VII.

Napoleón III declara que jamás consentirá en que la Italia recobre su antigua capital.

Garibaldi, que el pensamiento de la *unidad*, y el digno antagonista de ese coloso cuyo pedestal comienza á gastarse al soplo omnipotente del espíritu de un siglo y una civiliza-

ción, declara ante el mundo que la patria de Rómulo renacerá á la luz de sus libertades, y que las águilas romanas tornaràn á cernir sus alas sobre las cúpulas del Júpiter Capitolino!.....

El tiempo avanza en su marcha imperturbable.

El pontificado aborda un duelo á muerte.

La revolución pasará como el *simoun* por la Ciudad Eterna, tomarà asiento en el Vaticano; pero quedará intacta y lucirá con más brillo en el día de la catástrofe, esa luz purísima que dá de lleno sobre el mundo cristiano; porque el astro del Evangelio, al través de las vicisitudes humanas, arderá como la zarza de Moisés, sin consumirse.

CAPITULO DECIMOSEXTO.

LA ULTIMA LUZ.

1.

La emperatriz de México llegó á Roma por el 24 de Septiembre, alojándose en uno de los hoteles más suntuosos de la ciudad.

El conde de Flandes esperaba con impaciencia á su hermana. Sabía lo que pasaba entre Europa y los Estados Unidos, y comprendía las dificultades que surgían en el imperio mexicano con el abandono del Austria y de la Francia.

El 27 de Septiembre, el joven hijo del rey Leopoldo estrechaba en sus brazos á la archiduquesa Carlota, que al verle aún con el luto de su padre se deshizo en un torrente de lágrimas.

¿Quién no conoce todo el pesar que se renueva en nuestro corazón á la vista de un hermano, cuando se ha perdido alguno de esos seres que han sido nuestro cariño en los días bellísimos de la infancia?

¡Pobre Carlota! había sido la hija mimada del rey Leopoldo.

El infeliz anciano, con esa doble vista que había adquirido en la práctica de los negocios públicos, comprendió todo el riesgo de la empresa monárquica en América, y sufría espantosamente al ver lanzada á su tierna y querida hija en ese océano de vicisitudes.

—Cálmate hermana mía; hay desgracias que por ser irremediables, el cielo se cuida de darnos el consuelo que no podemos encontrar sobre la tierra, decía el conde de Flandes enjugando las lágrimas de Carlota.

—Me falta esa sombra bienhechora en los momentos supremos de mi existencia, su voz era la verdad y sus consejos la sabiduría.

—Su espíritu vela por tí, Carlota.

—Hermano, soy muy desgraciada.

—Es verdad, es verdad repetía el joven.

—Tú no sabes cuánto he sufrido desde que mi planta tocó las playas mexicanas.

—He visto las universales simpatías con que acogieron vuestro advenimiento al trono.

—Conde de Flandes, tú ignoras la realidad.

Llevóse la archiduquesa las manos á la frente, acarició su cabello, y continuó con esa exaltación que le era peculiar:

—Napoleón III nos ha llevado á las regiones americanas como el instrumento ciego de su política; allí se nos ha proclamado por su mandato y sin abrigar simpatías por nuestras personas; nuestro nombre no era conocido, y veníamos en las tenebrosas alas de esa revolución conquistadora. El pueblo, por ese instinto de independencia y de odio al extranjero, nos rechazaba, cedía á la fuerza de las armas y á las instigaciones de un puñado de hombres, declarados en minoría por el sentimiento nacional.

—Es cierto, Carlota.

—Al desembarcar en Veracruz, cuando creía encontrar entusiasmo y abnegación, hallé frialdad, y antipatía; en vano la pompa oficial se desplegó con toda magnificencia, y la multitud se agolpaba al muelle y á las plazas saludándonos, todos iban impulsados por la curiosidad; yo no me he hecho ilusiones un sólo instante. Mis lágrimas comenzaron á correr desde aquel aciago día.

—Pero vuestra conducta os ha conquistado, adeptos de mucha importancia.

—Hombres sin popularidad, ceros políticos, hombres nulos en la sociedad, llenos de ideas rancias hasta la barbarie, fanáticos y sectarios de un catolicismo ultramontano. La sociedad mexicana los rechaza como los últimos adoradores del dios Pasado y del ídolo del retroceso!

—Se nos decía aquí hasta el cansancio que lo más distinguido de este país estaba del lado del imperio.

—Parte de esa sociedad nos acompaña; pero no es partido del adelanto, de la revolución, de las armas: son los timoratos que vivirán hasta el último día en nuestros salones; pero que jamás levantarán el brazo para evitar el golpe. He

hecho llamar á dos hombres que se han distinguido por su audacia, ellos estarán al frente del ejército en su postrera lucha, en ese duelo que vamos á librar, toda vez que la Francia nos abandona.

—Hermana, tú vienes de Saint-Cloud; ¿qué te ha dicho el emperador?

—Napoleón III es un miserable; se lamenta como una mujer, y tiembla ante las amenazas de Johnson y de Bismark; se declara impotente, vencido, humillado en medio de ese pueblo que se jacta de poseer el secreto de la victoria.

—¿No obtuviste nada en las negociaciones?

—Nada. El convencimiento de que la Francia retirará su bandera del imperio mexicano.

—¡Esto es horrible, Carlota!.....tú no debías haber fiado nunca de la palabra de un Bonaparte; á esa rama funesta de usurpadores, la ha distinguido la audacia y la traición.

—Es verdad, pero yo no desconfiaba; al saber sus planes respecto á los Estados Unidos, Napoleón asestaba sus tiros á la Unión, nosotros éramos el instrumento.....el coloso resistió el choque, y Laoconte ahogó las serpientes.

—¿Y qué hacer en esta situación?

—Todo se reduce, dijo la archiduquesa después de un momento de reflexión, á tener los fondos necesarios para la compra de armamento y pertrechos; que en América se levanta un ejército en veinticuatro horas, como lo han probado los republicanos cien veces.

—¿Vuestro tesoro está agotado?

—Completamente: tú sabes que la casa de Austria, después de su catástrofe no dará un sólo florin á Maximiliano.

—Tiene José II una deuda horrible, comprometida en los convenios de Praga.

—Pues bien: yo tengo cinco millones de pesos de mi herencia, ellos me bastaban para salir de esta situación; después que haya arrancado una concesión al Santo Padre, marcharé á Bruselas, recogeré esa suma y partiré para América.

—Hermana, es un sueño, una quimera tu pensamiento.

—Puedo equivocarme, pero al hundirme para siempre, lo haré con mi fortuna.

—Tú ignoras aún que en el testamento de nuestro padre se ordena á los albaceas que esa cantidad te sea entregada siempre que no sirva para sostener el imperio mexicano.

—¿No, no puede ser!

—Hay prohibición de que tu esposo entre en posesión de tu herencia.

—Eso es coartar mi voluntad, eso es desheredarme.

—Nuestro padre ha cuidado de tu porvenir, veía claramente el derrumbe del imperio, y quiso reservarte esa fortuna para que vivieses tranquila en Europa.

—Conde de Flandes, la herencia me será entregada de grado ó por fuerza.

—¿Y á que tribunal llevarás á Leopoldo II?

—Luego mi hermano trata de imponer condiciones á la hija del rey.

—Es la voluntad de nuestro padre.

—Eso no puede ser, eso es imposible, á menos que no se quiera tornar los albaceas en detentadores de mis bienes.

—Tranquízate, Carlota.

—Todas son contrariedades, la desgracia sigue mis pasos, estoy predestinada al infortunio.

—Un momento de calma, hermana mía.

—Señor Conde, os declaro que esto no puede permanecer así, estoy desesperada, mi familia me roba, los mexicanos quieren asesinar me, mi servidumbre trata de envenenarme, todos conspiran contra mí.....¡Dios mío!.....¡Dios mío!.....

—Pero es horrible lo que dices, Carlota.

—¡Atrás, Conde de Flandes! no os conozco, y no tengo más que enemigos, la traición y la muerte me rodean.

—Vuelve en tí, Carlota, decía emocionado aquel inteliz joven.

—Yo soy la emperatriz, gritó Carlota de Austria, haceos atrás! Aún tengo un ejército que me obedece; diez mil bayonetas y seis mil corceles puedo lanzar á mi acento; ¡atrás!.....no, perdón perdón!.....¡no me asesinéis, soy una mujer!.....¡qué puedo hacer! débil, llorosa y en el abismo de la desgracia.

La princesa estaba trastornada: el Conde de Flandes no quiso contradecirla; se limitó á cuidarla con una solicitud paternal.

Levantóse furiosa la princesa, sus ojos amenazaban escaparse de las órbitas, su cabello estaba desordenado y sus manos se crispaban con violencia.

—Leopoldo II, continuaba Carlota, figura raquítica y miserable á quien esconde la sombra de mi padre, te manchas con el crimen nefando del robo, al subir á ese trono usurpado á la honradez y la grandeza; ah! miserable, yo esupiré á tu frente la historia de Leopoldo II.....Yo sé que en vano apelaré al pueblo belga; él permanecerá inmóvil ante la tumba del rey; creará una profanación el haber justicia con su hijo!....yo no sé quién es ese hombre coronado! no pertenece á mi familia; si fuese mi hermano, me defendería de los puñales que me amenazan!

—Carlota, Carlota, hermana mía, murmuraba el conde de Flandes.

—Todos me impulsaron á aquel país de maldición; les inquietaba mi presencia, era necesario que yo no asistiese al lecho mortuario de mi padre; ¡padre mío! ¡padre mío!.....

La joven emperatriz fué acometida de un vértigo terrible, y se desplomó como un sauce herido por un rayo!

Pasó la noche en medio del delirio.

A la mañana siguiente, día 27 de septiembre de 866, Carlota se hizo trasladar al Vaticano, después de obtener permiso del Santísimo Padre.

II.

Pío IX esperaba la visita de Carlota de Austria, impaciente por conocer los graves motivos que llevaban á la princesa á las cortes europeas.

Sabía Su Santidad que el rey Leopoldo había impuesto en su disposición testamentaria la prohibición de entregar la herencia en manos del archiduque Maximiliano.

El Pontífice estaba preocupado contra el emperador de México por haber sostenido las leyes de expropiación eclesiástica, y el cardenal Antonelli daba largas á la cuestión del Concordato.

La diputación mexicana había desesperado del éxito de su misión, y así lo había avisado á la corte de México.

Su Eminencia el ministro de Estado, leía á Su Santidad el tratado de Praga, que tenía suma importancia, atendido á que la Italia tomaba creces de una manera violenta, y esto traía inquieto al gobierno de la Ciudad Eterna.

—“El Austria *consiente* en la reunión del Véneto á la Italia. Las fronteras venecianas cedidas á la Italia, son las que servían de fronteras administrativas bajo la dominación austriaca.”

—Muchas complicaciones va á traer á la Santa Sede ese *consentimiento* del Austria.

—Dios no abandona su Iglesia, dijo Pío IX; otras veces nos hemos sentido más vivamente conmovidos y la nave no ha zozobrado.

—Garibaldi, ese soñador revolucionario, tornará á levantar su estrujada bandera, y Manzini lanzará sus proclamas incendiarias. La Italia sabe lo que tiene que esperar de esos hombres. No deben inquietarnos los *blusas rojas*; esos motines abortan ó terminan una vez que toman forma, como en Aspromonte. Nuestra vista no debe separarse de ese hombre eminente cuya pluma puede con un solo rasgo cambiar los destinos de la Europa. El conde Bismark está orgulloso con sus fusiles de aguja: cierto es que el Austria

debe tenerse por muerta en la cuestión del continente, la unificación de la Alemania está hecha y podía ponerse como una adición ó complemento al tratado de Praga.

—Son las diez, observó Pío IX, hora en que Su Eminencia señaló para la recepción de la emperatriz Carlota.

—¡Ah! dijo Antonelli, la Emperatriz luterana.

Las palabras del ministro previnieron el ánimo del Pontífice.

El cardenal Antonelli saludó profundamente y salió del aposento, donde dejaba á aquel desgraciado Pontífice sobre quien decidía de una manera absoluta.

Antonelli ha sido el ministro que más tiempo ha durado en su bufete de Relaciones.

Su Eminencia tiene una gran capacidad; ha conjurado cien veces esa tormenta que ha amenazado absorberse á Roma.

Las lavas de esa revolución llegarán á transformar la ciudad de los Pontífices, ó á desaparecerla como las exhalaciones del Vesubio ó Pompeya y Herculano.

Monseñor Antonelli ha tomado en sus redes al mismo hombre que despertó de su sueño á la Italia.

El que ayer triunfa en Montebello y Solferino, dejando á Roma bajo la espada de Damocles en el tratado de Septiembre, hoy bate al ejército de Garibaldi en Monte-Rotondo, y declara que *jamás* consentiría en la abdicación del *poder temporal* de los Pontífices.

Ese *jamás* de Napoleón III, es un padrón de ridículo, una frase sin sentido en la diplomacia, después de aquellas pomposas declaraciones de sus mensajes, en que á la faz del mundo prometía no retirar su ejército del territorio mexicano, hasta no dejar establecida la monarquía!

A la huida vergonzosa del ejército napoléonico, la Francia permaneció en silencio, mudo el cañón de los Inválidos, é inánoviles las lenguas de bronce de las altas torres de Nuestra Señora.

III.

La emperatriz Carlota penetró en el salón de audiencia de Pío IX.

Saludó ceremoniosamente al Pontífice, sin besar el anillo de San Pedro.

Pío IX se inmutó ligeramente, y fingió pasar desapercibido esa falta.

—Vengo, dijo la archiduquesa, á pedir á Su Santidad resuelva esa cuestión que hace más de un año detiene en Roma á la comisión mexicana.

Abordar así una cuestión tan delicada, le pareció inusitado al Pontífice.

—V. M. comprenderá lo difícil que es en una audiencia la resolución que se pide á la Santa Sede.

—Es cierto, Santísimo Padre; pero nosotros debemos aquietar las conciencias, alarmadas por el clero mexicano.

Pío IX mostró extrañeza al oír un lenguaje tan distinto al que la emperatriz había usado cuando un año antes fuera á recibir la bendición apostólica.

—El clero mexicano, dijo el Papa, está sujeto á ciertas prescripciones, y no saldrá de ellas mientras la Santa Sede no lo disponga. No es el clero el que inquieta las conciencias; son los gobernantes que han puesto la mano sobre los libros sagrados, sin notar que las ponen sobre fuego.

—Su Santidad sabe que el gobierno republicano dió las leyes de expropiación, y de ellas depende la paz de México.

—La Santa Sede obrará como hasta hoy en las cuestiones eclesiásticas; no permitirá jamás que los bienes de la Iglesia pasen á manos profanas: no me refiero á los intereses que nosotros despreciamos por las prescripciones del Evangelio, sino al principio que norma nuestra conducta.

—Su Santidad comprende que es un hecho consumado.

—Lo es la toma de las Romanías, y la Santa Sede no declara válida esa expropiación, ni ese atentado á los derechos de la Iglesia, cuya guarda nos está confiada.

—El Santísimo Padre me permitirá le refiera lo que pasa en las regiones de América.

—El pastor de aquella Iglesia me informa de continuo, pero V. M. puede decir el juicio que se haya formado del clero mexicano.

Su Santidad ignora que la clase que forma la clerecía de aquel país, está formada de la parte más ignorante de la sociedad, sin escuela, sin educación, sin moral, llena de preocupaciones y de fanatismo. La anarquía la ha contagiado, y la Iglesia es el centro de las revoluciones reaccionarias. Parte muy considerable de sus caudales los ha gastado en corromper á los pueblos y excitarlos á la guerra; se ha anegado en sangre y concluido por comprometer altamente sus intereses, avanzando esa época que había de llegar al fin de la proclamación de la *tolerancia*, y la expropiación de los bienes eclesiásticos.

Ese clero, Santísimo Padre, ha desprestigiado sus instituciones, se ha perdido en la opinión del pueblo, y de los mismos fanáticos ha salido como un clamor la palabra *reforma*.

Alteróse visiblemente el semblante de Pío IX.

La emperatriz continuó con esa exaltación propia de un fanático que juzga á una secta contraria.

—Los gobiernos liberales le han dado el golpe de gracia al clero, le han arrebatado sus armas al cargar con los tesoros acumulados desde el tiempo de la conquista. Entonces ha vuelto su mirada hacia la Santa Sede pidiéndole sus anatemas para emprender una nueva lucha, inquietando sus conciencias y desatando esas revoluciones, que en otros tiempos produjeron un San Barthelemy. Los intereses han pasado á manos de la sociedad laica en el botín de la nacionalización, y se necesitan cien revoluciones para la devolución de ese patrimonio dilapidado en los campos de la política y de los motines.

Tal es la situación que hemos encontrado á nuestro advenimiento al trono. Hemos examinado los pasos todos de la cuestión, y la hemos enviado á Roma proponiendo una solución que dejará satisfecho al clero y á los que han adquirido por esa ley de manos muertas.

—Su Eminencia el cardenal se ocupa de ese negocio.

Aquel orden, continuó la emperatriz, no puede subsistir por más tiempo; aquel clero debe desaparecer para reemplazarle por otro más ilustrado; la reforma, Santísimo Padre, acabará por completar su obra, y nosotros tendremos que impulsarla.

—V. M. conoce lo que cuesta al mundo esa idea; los enemigos de la Iglesia la llevan en su bandera, se combate á su sombra el catolicismo, se le quiere aniquilar, reducir á cenizas ese edificio levantado por Jesucristo y sostenido por el pueblo cristiano. Ya que no se puede negar la existencia del Divino Maestro, ni borrar de la historia esas páginas santas y gloriosas de su tránsito por la tierra, ni el sacrificio de la Redención, se van al lado vulnerable, se van en brazos de la fragilidad humana, para sacar de ella ejemplos contra las instituciones, y como si significaran algo las faltas de nosotros, seres miserables y llenos de crímenes, sujetos á una naturaleza viciosa, que se arrastra en ese camino del extravío humano; nosotros, orugas de la tierra que cruzamos entre el polvo que más tarde es nuestra tumba; ¿que tenemos de común con el poder de Dios que alcanza al universo?... ¿Quiénes somos nosotros para poner la mano donde está el dedo de Dios?... El delirio humano nos arroja por una senda tortuosa, oscura, en la que necesitamos la luz del cielo para ver, y la inspiración del Hacedor para detenernos ante ese abismo que se abre á nuestras plantas.

Puede el hombre en ese albedrío concedido á sus facultades, rebelarse, desconocer al Omnipotencia, derribar los altares, alzar los falsos dioses quemar el incienso y la mirra de la profanación, apoderarse de esos mezquinos bienes terrenales, ennegados en esas miserias; que llegará un día en que despierte á la luz de la justicia, y entonces doblará la frente y confesará

trémulo sus delitos, buscando la absolución de la tierra para abrirse las puertas del cielo!

—Pero yo no le hablo á S. S. de una reforma religiosa sino puramente de disciplina.

—Así empezaron esos relapsos de Calvino y Martín Lutero.

La orgullosa protestante se sintió herida en su sentimiento religioso, y sin poderse contener se alzó de su asiento y dijo con tono concentrado:

—Martín Lutero era el hombre de la abnegación, el verdadero apóstol de Jesucristo, el nuncio de la fé y de la verdad, el sabio reformador revelado contra esa corrupción del lujo del catolicismo: Lutero proscribió las imágenes y alzó en los templos solo y único, el símbolo de la Redención!

—¡Dios mío! dijo el pontífice, estas palabras en el recinto del primado de la Iglesia católica! ¡El sucesor de San Pedro, insultado por un labio protestante! Dios mío! ¡Dios mío! ten compasión de los extraviados; no desates tu cólera; aplaca tu ira; retira de la frente de esta mujer el rayo sacrosanto de tu cólera; no hieras esta juventud que aún puede volver al arrepentimiento!

La emperatriz comenzó á temblar horriblemente, sus ojos se desencajaron y cediendo á un vértigo doloroso cayó trémula á los pies del Pontífice Romano.

Pío IX puso sus manos sobre aquella cabeza soberana y levantando su faz al cielo, dijo con voz conmovida:

—Señor, apartad el estigma de esta frente donde comienzan á aparecer las sombras de la desgracia, esa amenaza de muerte de un pueblo que se siente oprimido; vuelve á esta desgraciada princesa á la senda sacrosanta del catolicismo, donde puede hallar el consuelo á las inquietudes que la devoran!

Carlota de Austria besó respetuosamente la mano de Pío IX, y después de derramar sus lágrimas, abandonó el Vaticano, atravesando violentamente entre la guardia suiza, que le hizo los honores de su rango.

IV.

Había pasado una hora cuando se abrieron con estrépito las dos puertas del aposento de Pío IX, y entró súbitamente una mujer.....era Carlota.

Era la emperatriz Carlota, presa de los remordimientos y acosada de los terribles fantasmas de su sueño.

Pálida, desgredada, rasgados los vestidos, la boca espumante, la mirada extraviada, las manos trémulas, los pasos inseguros.....la razón perdida!.....

—¡Me siguen! ¡Me asesinan! ¡Defendedme!...La traición me rodea!.....mirad!.....en esa agua purísima hay un filtro que dá instantáneamente la muerte. Mis persiguidores han derramado el oro entre la servidumbre, todos me acechan, ocultan el puñal y quieren derramar mi sangre! ¡Santísimo Padre, rogad por mí!.....rogad por mí!.....

Quedóse un momento en silencio para proseguir en su delirio.

—Entre las manos delicadas de esas mujeres está el tósigo que abre las puertas de la tumba!.....¡No os acerquís!...¡dejadme!.....¡dejadme!...Oíd, esas campanas están tocando á muerto.....son los patriotas mexicanos que suben al cadalso!.....estoy manchada por las olas de este torrente que cruza por las gradas del trono!.....Mirad; entre el vapor se dibujan los horribles fantasmas!.....¡los asesinados piden misericordia!.....No, no hay compasión, morid en el cadalso; vuestra existencia es el precio de mi exaltación al trono mexicano!.....Ya se acercan, me amenazan, Santísimo Padre, dadme vuestros conjuros, prestadme vuestros anatemas!.....¡yo me muerol!.....¡compadecedme! compadecedme!

La desgraciada princesa cayó en el suelo sin sentido.

Pío IX ordenó que se la alojase en el Vaticano, y se trasportó al Quirinal lleno de emoción profunda.

V.

Media hora después las campanas de San Pedro de Roma, levantaban al cielo los toques solemnes de *rogativa*, pidiendo al mundo católico con sus majestuosos clamores, que rogase por Carlota de Austria, emperatriz de México, á quién la Justicia Divina había arrebatado el juicio para siempre!

